

# Pobreza mundial, pauperización y acumulación de capital

Samir Amin

**A**ctualmente se ha puesto de moda un cierto discurso sobre la pobreza y la necesidad de reducir su magnitud, cuando no de erradicarla. Es un discurso caritativo, de corte decimonónico, que no busca comprender los mecanismos sociales y económicos que generan pobreza, aunque en el presente tengamos a nuestra disposición los medios científicos y tecnológicos para erradicarla.

## El capitalismo y la nueva cuestión agraria

Todas las sociedades anteriores a la época moderna (capitalista) eran sociedades campesinas. Su producción se regía por diversas lógicas y sistemas específicos, aunque no por los mismos que gobiernan el capitalismo en una sociedad de mercado, como en el caso, por ejemplo, del principio de la maximización del retorno de capital.

En la actualidad, la agricultura capitalista moderna —que incluye tanto a las ricas fincas familiares de gran escala como a las corporaciones dedicadas al negocio agrario— está lanzando un virulento ataque contra la producción campesina del Tercer Mundo. Fue en la sesión de noviembre de 2001 de la

---

• Artículo publicado en *MR*, vol. 55, n° 5, octubre de 2003, pp. 1-9. Traducción de Joan Quesada. Samir Amin es director del Fórum del Tercer Mundo de Dakar, Senegal. Entre sus obras recientes se cuentan *Spectres of Capitalism: A Critique of Current Intellectual Fashions* (Nueva York, Monthly Review Press, 1998) y *Obsolescent Capitalism: Contemporary Politics and Global Disorder* (de próxima aparición en Zed Books).

Organización Mundial del Comercio (OMC) en Doha, Senegal, cuando ese ataque recibió luz verde. Son muchas sus víctimas, la mayoría campesinos del Tercer Mundo, que aún representan la mitad de la humanidad.

La agricultura capitalista regida por el principio del retorno de capital, localizada casi exclusivamente en Norteamérica, Europa, Australia y el cono sur de América Latina, emplea tan sólo a unas pocas decenas de millones de agricultores, que han dejado de ser campesinos. A causa del grado de mecanización y de las extensas dimensiones de las granjas gestionadas por un único granjero, su productividad suele oscilar entre 1 y 2 millones de kilogramos de cereal por agricultor.

En fuerte contraste, 3.000 millones de labradores se dedican a la agricultura campesina. Sus granjas pueden agruparse en dos sectores distintos, con escalas de producción, características económicas y sociales y niveles de eficiencia muy diferentes. Este sector, capaz de sacar provecho de la revolución verde, ha logrado fertilizantes, pesticidas y semillas mejoradas, así como un cierto nivel de mecanización. La productividad de esos agricultores oscila entre 10.000 y 50.000 kilogramos de cereal al año. Sin embargo, la productividad anual de los campesinos excluidos de las nuevas tecnologías se estima que ronda los 1.000 kilogramos de cereal por agricultor.

El índice de productividad del segmento capitalista más avanzado de la agricultura mundial frente al más pobre, que era aproximadamente de 10 a 1 antes del año 1940, se acerca ahora al 2.000 a 1. Eso significa que la productividad ha progresado de forma mucho más desigual en el ámbito de la agricultura y la producción de alimentos que en cualquier otro ámbito. Simultáneamente, esa misma evolución ha llevado a una reducción de los precios relativos de los productos alimenticios (en relación con otros productos industriales y de servicios) que los sitúa en una quinta parte de los precios de hace cincuenta años. La nueva cuestión agraria es la consecuencia de ese desarrollo desigual.

La modernización siempre ha combinado dimensiones constructivas —a saber: la acumulación de capital y el incremento de la productividad— con aspectos negativos: la reducción del trabajo a la condición de un bien comerciable en el mercado, lo que a menudo destruye la base ecológica necesaria para la reproducción de la vida y la producción, al mismo tiempo que polariza la distribución de la riqueza en el plano global. La modernización siempre ha *integrado* a algunos, con la creación de empleo en los mercados expansionistas, al mismo tiempo que *excluyó* a otros, que no resultaban integrados en la nueva fuerza laboral después de haber perdido el lugar que ocupaban en los sistemas previos. En su fase ascendente, la expansión glo-

bal capitalista, a pesar de sus procesos de exclusión, integró a muchas personas. Ahora, sin embargo, en las sociedades campesinas del Tercer Mundo, está excluyendo a enormes cantidades de personas, mientras que los incluidos son relativamente pocos.

La cuestión que aquí se plantea es precisamente si esta tendencia seguirá operando con respecto a los 3.000 millones de seres humanos que siguen produciendo y viviendo en las sociedades campesinas de Asia, África y América Latina.

En realidad, la cuestión es qué ocurriría si la agricultura y la producción de alimentos se tratara como cualquier otro tipo de producción sometida a las leyes de la competencia en un mercado abierto y desregulado, tal y como se decidió en principio en la reunión de la OMC en noviembre de 2001 en Doha. ¿Propiciarían esos principios una aceleración de la producción?

Es posible imaginar que la misma comida que, después de asegurarse su propia subsistencia, ahora aportan al mercado los 3.000 millones de campesinos actuales, la producirían tan sólo entre unos 20 millones de nuevos granjeros. Entre las condiciones necesarias para que prospere una alternativa así tenemos: (1) la transferencia de importantes porciones de tierra fértil a los nuevos granjeros capitalistas (tierras que habría que quitar de las manos a las actuales poblaciones campesinas); (2) capital (para comprar abastecimientos y equipos); y (3) acceso a los mercados de consumidores. De hecho, esos nuevos granjeros competirían eficazmente con los miles de millones de agricultores actuales, pero ¿qué les sucedería a todos esos miles de millones de personas?

En esas circunstancias, acceder al principio general de competencia para los productos agrícolas y alimenticios, tal y como impone la OMC, significa aceptar la supresión de miles de millones de productores no competitivos en el corto plazo histórico de unas pocas décadas. ¿Qué pasará con esa inmensa cantidad de millones de personas, la mayoría de las cuales ya son pobres entre los pobres y tienen grandes dificultades para alimentarse? En un plazo de 50 años, el desarrollo industrial, incluso en la hipótesis poco realista de que exista un índice de crecimiento sostenido del 7% anual, no podría absorber ni siquiera un tercio de esa reserva.

El principal argumento que se suele aducir para legitimar la doctrina de la competencia de la OMC es que en la Europa y los Estados Unidos del siglo XIX se produjo efectivamente un desarrollo como el esperado, que produjo una sociedad moderna rica urbano-industrial y postindustrial con una agricultura moderna capaz de alimentar a la nación e, incluso, de exportar alimentos. ¿Por qué razón ese mismo patrón no ha de repetirse en los países contemporáneos del Tercer Mundo?

El argumento no acierta a tomar en consideración dos factores cruciales que hacen que la reproducción de ese patrón en los países del Tercer Mundo sea casi imposible. El primero es que el modelo europeo tardó un siglo y medio en desarrollarse, a la vez que se desarrollaban unas tecnologías industriales de trabajo intensivo. Las modernas tecnologías utilizan mucha menos mano de obra y los países recién llegados del Tercer Mundo se ven forzados a adoptarlas si sus exportaciones industriales han de ser competitivas en los mercados globales. El segundo factor es que, durante esa larga transición, Europa se benefició de la migración masiva de sus excedentes de población a las Américas.

La opinión de que el capitalismo ha resuelto de hecho la cuestión agraria en sus centros desarrollados es algo que siempre han aceptado grandes sectores de la izquierda. Un ejemplo es la famosa obra de Karl Kautsky, *La cuestión agraria*, escrita antes de la Primera Guerra Mundial. La ideología soviética heredó ese punto de vista y, sobre su base, emprendió la modernización a través de la colectivización estalinista, con pobres resultados. Lo que siempre se ha pasado por alto es que el capitalismo, aunque resolvía el problema en sus centros, lo hacía creando un gigantesco problema agrario en las periferias, que sólo es posible resolver con el genocidio de la mitad de la humanidad. Dentro de la tradición marxista, sólo el maoísmo entendió la magnitud de ese desafío. Por lo tanto, quienes acusaron al maoísmo de una «desviación campesina» muestran, por esa misma crítica, que carecen de la capacidad analítica para entender el capitalismo imperialista, el cual reducen a un discurso abstracto sobre el capitalismo en general.

Finalmente, la modernización mediante la liberalización capitalista del mercado, tal y como han sugerido la OMC y sus defensores, presenta ambos componentes, uno al lado del otro y sin que aparezcan necesariamente combinados: por un lado, la producción de alimentos a escala global por parte de unos granjeros modernos y competitivos localizados mayormente en el Norte, aunque en el futuro posiblemente puedan encontrarse también en ciertas bolsas del Sur; por otro lado, la marginación, la exclusión y el mayor empobrecimiento si cabe de la mayoría de los 3.000 millones de campesinos del Tercer Mundo contemporáneo y, finalmente, su reclusión en algún tipo de reservas. Así pues, combina un discurso de defensa de la modernización y predominio de la eficiencia con un conjunto de políticas de reservas ecológico-culturales que permitan a las víctimas sobrevivir en condiciones de empobrecimiento material (y también ecológico). Ambos componentes podrían ser complementarios, más que opuestos.

¿Es posible imaginar y debatir extensamente otras alternativas? ¿Es posible imaginar otras alternativas en las que siga existiendo la agricultura cam-

pesina en el futuro visible del siglo XXI y, a la vez, se embarque en un proceso de continuo progreso tecnológico y social? De ese modo, los cambios podrían producirse a un ritmo que permitiría una transferencia progresiva de campesinos a empleos no-rurales y no-agrícolas.

Un conjunto estratégico de objetivos como éste implica una compleja mezcla de políticas de nivel nacional, regional y global.

En el plano nacional, implica el diseño de macropolíticas de protección de la producción campesina de alimentos frente a la competencia desigual de los granjeros modernizados y de las corporaciones —locales e internacionales— dedicadas al negocio agrario. Eso ayudará a garantizar unos precios alimenticios internos aceptables (desconectados de los precios del mercado internacional, que además están tergiversados por los subsidios agrarios del Norte rico).

Los objetivos de una política de ese tipo también ponen en cuestión los modelos de desarrollo industrial y urbano, que deberían basarse menos en determinadas prioridades orientadas a la exportación (por ejemplo, mantener bajos los salarios, lo que implica mantener bajos los precios alimenticios) y prestar más atención a la expansión socialmente equilibrada del mercado interno.

Al mismo tiempo, eso implica un modelo general de políticas que aseguren el abastecimiento nacional de alimentos, condición indispensable para que un país sea miembro activo de la comunidad global y goce del indispensable margen de autonomía y de capacidad negociadora.

En los niveles regional y global, implica la firma de acuerdos internacionales y el desarrollo de políticas que se aparten de los principios doctrinarios liberales que dominan la OMC y los sustituya por unas soluciones imaginativas y específicas para cada ámbito que tengan en cuenta problemas específicos y circunstancias históricas y sociales concretas.

### **La cuestión de la nueva clase trabajadora**

La población urbana del planeta representa ahora la mitad aproximada de la humanidad, al menos unos 3.000 millones de individuos, mientras que los campesinos suponen la totalidad de la otra mitad, a excepción de un porcentaje estadísticamente insignificante de ella. Los datos relativos a esa población nos permiten distinguir entre lo que denominamos clases medias y las clases populares.

En la fase contemporánea de la evolución capitalista, las clases dominantes —los propietarios formales de los principales medios de producción y los altos directivos vinculados a la puesta en juego de dichos medios—

representan tan sólo una minúscula fracción de la población global, aunque la parte que extraen de la renta de que disponen sus sociedades es significativa. A ellas se suman las clases medias en el antiguo sentido del término: no asalariados, propietarios de pequeñas empresas y cargos medios, que no están necesariamente en declive.

La gran masa de trabajadores de los sectores de producción modernos se compone de asalariados, que representan actualmente más de cuatro quintas partes de la población urbana de los centros desarrollados. Esta masa se divide al menos en dos categorías, la frontera entre las cuales es tan visible para el observador externo, así como está verdaderamente viva en las conciencias de los individuos afectados.

Existen aquellos que podemos denominar clases populares *estabilizadas*, en el sentido de que se encuentran relativamente seguros en sus empleos gracias, entre otras cosas, a una calificación profesional que les otorga poder negociador con los empresarios, por lo que, habitualmente, se encuentran organizados, por lo menos en algunos países, en potentes sindicatos. En todos los casos, esa masa tiene un peso político que fortalece su capacidad negociadora.

Otros pertenecen a las clases populares *precarias*, que incluyen a los trabajadores debilitados por su baja capacidad negociadora (a consecuencia bien de una baja capacitación laboral, bien de la carencia del estatus de ciudadanía o bien de la raza y el género), además de a trabajadores no asalariados (desempleados crónicos y pobres con empleos en el sector informal). Se puede calificar a esta segunda categoría de clases populares «precarias», más que de «no integradas», de «marginadas», ya que estos trabajadores están perfectamente integrados en la lógica sistémica que impone la acumulación de capital.

A partir de la información de que disponemos para los países desarrollados y para ciertos países del Sur (a partir de los cuales podemos extrapolar los datos), se obtienen las proporciones relativas que cada una de las categorías que acabamos de definir representan en la población urbana del planeta.

Aunque los centros sólo suponen el 18% de la población del planeta, como su población es en un 90% urbana, éstos albergan un tercio de la población urbana del planeta.

Las clases populares representan tres cuartas partes de la población urbana del planeta, mientras que la subcategoría «precarias» supone dos tercios de las clases populares a escala mundial. (Un 40% aproximadamente de las clases populares en los centros y un 80% en las periferias caen dentro de la subcategoría «precarias».) En otras palabras, las clases populares precarias

**Tabla 1. Porcentajes totales de población urbana mundial**

|                                             | Centros | Periferias | Mundial |
|---------------------------------------------|---------|------------|---------|
| <b>Clases adineradas y medias</b>           | 11      | 13         | 25      |
| <b>Clases populares</b>                     | 24      | 54         | 75      |
| Estabilizadas                               | (13)    | (11)       | (25)    |
| Precarias                                   | (9)     | (43)       | (50)    |
| <b>Total</b>                                | 33      | 67         | 100     |
| <b>Población implicada</b><br>(en millones) | (1.000) | (2.000)    | (3.000) |

(Es posible que los porcentajes no sumen el 100% a causa de las aproximaciones estadísticas)

representan la mitad (como mínimo) de la población urbana del mundo, y mucho más todavía en las periferias.

Si echamos un vistazo a la composición de las clases populares urbanas hace medio siglo, después de la Segunda Guerra Mundial, veremos que las proporciones que caracterizan la estructura de las clases populares eran muy distintas de lo que han llegado a ser.

En ese momento, la parte correspondiente al Tercer Mundo no pasaba de representar la mitad de la población urbana global (que era entonces del orden de 1.000 millones de individuos), frente a los dos tercios que hoy representa. Aún no existían megaciudades como las que hoy conocemos en la práctica totalidad de los países del Sur. Había tan sólo unas pocas grandes ciudades, principalmente en China, la India y América Latina.

En los centros, las clases populares gozaron durante el periodo de post-guerra de una situación excepcional, basada en el pacto histórico impuesto al capital por las clases trabajadoras. Ese pacto permitía la estabilización de la mayoría de los trabajadores en la forma de un estilo de organización conocido como el sistema «fordista» de factoría. En las periferias, la proporción de clases precarias —que, como siempre, era mayor que en los centros— no excedía la mitad de las clases populares urbanas (frente al 70% que hoy representan). La otra mitad la conformaban, en parte, asalariados estabilizados en las diversas formas de la economía colonial y de la sociedad modernizada y, en parte, en los viejos modelos de industrias artesanales.

La principal transformación que caracteriza a la segunda mitad del siglo XX puede resumirse en una única estadística: la proporción que representan las clases populares precarias ascendió desde menos de un cuarto hasta suponer la mitad de la población urbana global, y ese fenómeno de pauperización ha vuelto a aparecer, en una escala significativa, en los propios centros desarrollados. Esa población urbana desestabilizada ha crecido en medio siglo desde menos de 250 millones de individuos a más de 1.500 millones,

con una tasa de crecimiento que supera las tasas características de la expansión económica, del crecimiento demográfico o del propio proceso de urbanización.

*Pauperización:* no hay mejor término para denominar la tendencia evolutiva de la segunda mitad del siglo xx.

En términos generales, el hecho mismo queda reconocido y reafirmado en el nuevo lenguaje que ahora predomina: la «reducción de la pobreza» se ha convertido en tema recurrente en los objetivos que las políticas gubernamentales afirman haber cumplido. Pero la pobreza en cuestión se presenta únicamente como un hecho empíricamente medido, tanto si se mide crudamente en términos de distribución de las rentas (líneas de pobreza) o, de un modo un tanto menos crudo, en términos de índices compuestos (como los índices de desarrollo humano propuestos por el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas), sin que se plantee nunca la cuestión de cuáles son la lógica y los mecanismos que generan la pobreza.

Nuestra presentación de esos mismos hechos va más allá, precisamente porque nos permite empezar a explicar el fenómeno y su evolución. Los estratos medios, los estratos populares estabilizados y los estratos populares precarios están todos ellos integrados en el mismo sistema social de producción, pero desempeñan funciones diferentes en su seno. De hecho, algunos quedan excluidos de los beneficios de la prosperidad. Los excluidos también forman parte del sistema, tanto como los demás, y no son marginados en el sentido de que no estén integrados —funcionalmente— en el sistema.

La pauperización es un fenómeno moderno que no se puede reducir en absoluto a la carencia de la renta suficiente para sobrevivir. Es en realidad la modernización de la pobreza, y tiene efectos devastadores sobre todas las dimensiones de la vida social. Los emigrantes del campo estaban relativamente bien integrados en las clases populares estabilizadas durante la edad dorada (1945-1975): tendían a convertirse en obreros industriales. Ahora, los recién llegados y sus hijos se sitúan en los márgenes de los sistemas productivos principales, lo que crea las condiciones favorables para la sustitución de la conciencia de clase por las solidaridades comunitarias. Mientras tanto, las mujeres son todavía más víctimas de la precariedad económica que los hombres, lo que provoca el deterioro de sus condiciones materiales y sociales. Y si, indudablemente, los movimientos feministas han realizado grandes avances en el ámbito de las ideas y de la conducta, las beneficiarias de todos esos logros son casi exclusivamente las mujeres de clase media, y no, ciertamente, las de las clases populares pauperizadas. Por lo que respecta a la democracia, su credibilidad —y, por lo tanto, su legitimidad— se



ve socavada por su incapacidad para poner freno a la degradación de las condiciones de una fracción cada vez mayor de las clases populares.

La pauperización es un fenómeno inseparable de la polarización a escala mundial: un producto inherente de la expansión del capitalismo realmente existente que, por esa misma razón, debemos calificar de imperialista por naturaleza.

La pauperización de las clases populares urbanas está muy vinculada a los mismos desarrollos que convierten en víctimas a las sociedades campesinas del Tercer Mundo. La sumisión de esas sociedades a las exigencias de la expansión del mercado capitalista favorece nuevas formas de polarización social que excluyen a una proporción creciente de agricultores del acceso al uso de la tierra. Esos agricultores, empobrecidos o privados de sus tierras, alimentan la migración a los suburbios urbanos, aún más que el crecimiento poblacional. No obstante, todos esos fenómenos están destinados a empeorar si no se desafían los dogmas liberales, y no existe política correctiva alguna dentro de dicho marco liberal capaz de detener su expansión.

La pauperización pone en cuestión tanto la teoría económica como las estrategias que siguen las luchas sociales.

La vulgar teoría económica convencional evita las cuestiones reales que plantea la expansión del capitalismo. Eso sucede porque sustituye el análisis del capitalismo realmente existente por la teoría de un capitalismo imaginario, concebido como la simple y continuada extensión de las relaciones de intercambio (el mercado), mientras que el sistema funciona y se reproduce sobre la base de la producción capitalista y las relaciones de intercambio (no de las simples relaciones de mercado). Tal sustitución es fácil acompañarla de la idea apriorística, no confirmada ni por la historia ni por la argumentación racional, de que el mercado se autorregula y produce un óptimo social. Así pues, la pobreza sólo puede explicarse por causas que se consideran externas a la lógica económica, tales como el crecimiento poblacional o los errores en las políticas. La teoría económica convencional rechaza toda relación entre la pobreza y el proceso mismo de acumulación. El virus liberal que de ello resulta, que contamina el pensamiento social contemporáneo y aniquila la capacidad para comprender el mundo, ya no digamos para transformarlo, ha penetrado profundamente en las diversas izquierdas que se han constituido desde la Segunda Guerra Mundial. Los movimientos actualmente implicados en las luchas sociales por “un mundo diferente” y por una globalización alternativa sólo serán capaces de producir avances sociales significativos si consiguen liberarse de ese virus para construir un debate teórico genuino. Mientras no se hayan liberado de dicho virus, los movimientos sociales, incluso los mejor intencionados,

seguirán atrapados por las ataduras del pensamiento convencional y, por lo tanto, serán prisioneros de unos proyectos correctivos muy poco efectivos tales como son los alimentados por la retórica relativa a la reducción de la pobreza.

El análisis que acabamos de bosquejar debería contribuir a inaugurar ese debate, en la medida en que recupera la pertinencia de vincular la acumulación de capital, por un lado, con el fenómeno de la pauperización social, por otro. Hace ciento cincuenta años, Marx inició el análisis de los mecanismos presentes tras ese vínculo, algo que, desde entonces, apenas si se ha explorado, y aún menos si cabe a escala global.